La «redención» del pueblo judío a través del trabajo manual en la tierra de Palestina: análisis del discurso del sionismo político, 1896-1948

Fernando Adrover Orellano

La presente ponencia expone parte mi trabajo de investigación en el marco del Departamento de Historia Universal, en torno a la teoría sionista y las discusiones acerca de la creación de un estado judío en la Palestina (bajo Mandato británico hasta mayo de 1948).

La exposición se concentrará en analizar uno de los argumentos que el sionismo político, desde su formulación teórica por Theodor Herzl (en su libro *El Estado Judío*, de 1896) hasta la propaganda internacional de la Agencia Judía para Palestina, esgrimió para justificar el derecho del pueblo judío al territorio palestino: la necesidad de redención para la nación judía concebida como un cuerpo desnaturalizado y enfermo. Esta desnaturalización estaba determinada por la presión de los pogroms europeos y de la asimilación, por el trastorno ocasionado por los guetos y la prohibición de realizar las actividades y oficios productivos necesarios para mantener la vitalidad de la comunidad nacional. Tales factores determinan que el pueblo judío en la diáspora se convierta en un cuerpo enfermo y amenazado de muerte.

Es por esto que los sionistas defienden la idea de que una redención de su pueblo es necesaria y sólo posible en Palestina, y que ésta debe pasar por el regreso de los judíos al contacto directo con la tierra (perdido en la diáspora) y al trabajo manual en el seno de comunidades de colonos que refuercen la cohesión nacional. De esto depende la revitalización y fortalecimiento de la nación judía, la capacidad de defender sus derechos en pie de igualdad entre las demás naciones del mundo. Finalmente, la salud de esta nación renovada en su apego a la tierra dará la fuerza para enfrentarse e imponerse al enemigo árabe.

Antecedentes («protosionistas»[1]) del sionismo y particularmente de la idea la redención en la tierra

Suele marcarse en 1881, con el asesinato del zar Alejandro II y los sucesivos pogroms (arrebatos de furia popular espontánea esporádicos contra los judíos) desencadenados en Rusia y otros países de Europa del este y central (y coronados por el gran pogrom de Varsovia), un hito fundante en la historia del sionismo. No obstante, existen algunos pensadores anteriores, que podemos llamar (siguiendo al ya citado Culla) «protosionistas», que adelantaron algunas líneas

1 Término utilizado en Culla, Joan. Breve historia del sionismo. Madrid: Alianza, 2009.

argumentales del sionismo político en una etapa anterior a su auge, y en un contexto de recepción limitada en la comunidad judía europea, especialmente en la Europa Occidental (donde gobiernos inspirados en la herencia iluminista de la Revolución Francesa prometían una exitosa asimilación de los judíos a la sociedad «gentil»).

Krämer, debido a esto, sostiene que el surgimiento del sionismo es anterior a la explosión del «antisemitismo moderno»[2] en Europa (que ubica en la década de 1860), y que tiene su epicentro principalmente en la Europa del Este, donde la posibilidad de la asimilación no era una realidad tan tangible como en la Europa Occidental. De esta manera Krämer distingue una primera etapa (equivalente a ese «protosionismo») de «sionismo práctico» diferente al sionismo político de finales del siglo XIX. En esta etapa primitiva del sionismo se expresan ideas que van desde la revalorización del hebreo como idioma nacional, hasta el aliento a la migración judía a Palestina, entrecruzándose algunas de estas propuestas con posturas «territorialistas» que plantean que el territorio a habitar puede ser cualquiera, no necesariamente Palestina. Estas posturas tienen en común la falta de sistematización e institucionalización, y el no formular un proyecto coherente de creación de un «hogar nacional», algo sobre lo que sería muy crítico Herzl, al rechazar y ridiculizar su estrategia de «infiltración» en lugar de la acción a nivel de las altas esferas políticas para lograr concesiones del gobierno turco y el apoyo de las potencias occidentales.

La idea cuyo análisis nos ocupa, la idea de la redención del judío en la tierra que le fue prometida, tiene su origen entre los teóricos de este «sionismo práctico».

Entre ellos puede contarse al rabino Alkalai[3], quien se mantenía dentro de los límites de la ortodoxia, pero planteaba que era necesario preparar el advenimiento del Mesías con acciones mundanas concretas, para «poder ser redimidos en dignidad»[4]. Planteaba la necesidad de dejar de lado la emigración dispersa y edificar un Estado judío en Palestina con apoyo de los judíos en la diáspora, aunque no proponía un plan concreto para llevar a cabo esto.

Pero destacaba especialmente el rabino askenazí Kalischer[5], quien fue uno de los primeros en introducir en su obra la idea de la redención a través del trabajo agrícola en comunidades, formando parte esto también (como en el caso de Alkalai) de un asentamiento masivo en la tierra

---

2 Como se desarrollará más adelante, el antisemitismo moderno incluye un componente étnico-nacionalista nuevo que lo distingue de la tradicional judeofobia de tipo religiosa y surge con posterioridad al proceso de asimilación abierto para los judíos, principalmente en Europa Occidental, con el triunfo del liberalismo político.

3 (Sarajevo, 1798 – Jerusalén, 1879) rabino sefardí de origen yugoslavo, siendo rabino en Serbia durante la época en que esta región pertenecía al imperio turco. Estuvo muy influenciado por la efervescencia nacionalista en la península balcánica durante el siglo XIX. Publicó en 1845 uno de sus libros más importantes, «La ofrenda de Judá».

4 Cfr. citado en Avineri, Shlomo. La idea sionista. Notas sobre el pensamiento nacional judío. Jerusalén: La Semana Publicaciones, 1983.

5 (Prusia, 1795 – Polonia, 1874) Fue un rabino askenazí que igualmente vivió en una zona efervescente desde el punto de vista nacionalista, multiétnica. Es considerado uno de los precursores del movimiento Hovevei Zion. Publica su libro más importante en 1862 («En búsqueda de Sión»)

prometida. Sostenía: «*A medida que redimamos la tierra terrenalmente irá apareciendo el rayo de la salvación celestial*.»

Dentro de estos autores «protosionistas» el más influyente fue Moses Hess[6], con su obra *Roma y Jerusalén*. En ella, Hess expresaba que se vivía la víspera de lo que llama un «Sabbath histórico», el momento en que la nación judía renacería, como tantas otras, alentada por las ideas iluministas de la revolución francesa. Este era el comienzo de la etapa de madurez de los pueblos, del reino mesiánico, última era de lucha racial y de clases que daría fin a todos los conflictos. El cambio fue anunciado por conmociones como la Revolución Francesa, e incluso asignaba Hess a esta nación el papel de guía en el proceso de liberación de los pueblos, confiando en su apoyo a la causa del pueblo judío. Definía a este último en términos que inequívocamente suponen una consonancia con el nacionalismo moderno, y especialmente con las definiciones etnolingüísticas del mismo[7]: si bien reconocía la importancia del componente religioso (no en su versión más dogmática y carente de vitalidad, de «aliento nacional», sino distanciado de la ortodoxia), refería la existencia de un «tipo racial» judío[8] y la necesidad de un renacimiento de las «letras judías» (asignándole al componente lingüístico un papel importante también).

Pero especialmente importante es la presencia en su obra de la idea de devolverle al judío su suelo patrio como condición necesaria para revertir un proceso de desnaturalización que lo había alejado del trabajo productivo. Afirma Hess:

> Del mismo modo que las plantas y los animales de la escala zoológica inferior, el hombre necesita un terreno vasto, libre y propicio para su progresivo desenvolvimiento; de lo contrario degenera convirtiéndose en parásito que sólo puede subsistir a expensas de la producción ajena. El parasitismo como condición de vida de los hombres a costa del prójimo, ha desempeñado un papel importante en la historia de la humanidad precontemporánea, no siendo, por cierto, privativa de los judíos.[9]

Hess, como socialista que se concebía heredero de los valores universalistas de la Ilustración, creía que el progreso de la ciencia y la técnica entre los pueblos civilizados se encaminaba a una eliminación de tal parasitismo (visto como una rémora del pasado), se encaminaba hacia una

---

6 (Bonn, Alemania, 1812 – París, 1875), estuvo vinculado al socialismo revolucionario, en específico a Marx y Engels. Primero partidario de la asimilación judía en las naciones occidentales, luego dio un giro que lo llevó a ideas políticas que plasma en Roma y Jerusalén, donde defiende el nacionalismo judío sin romper con la fe en la fuerza emancipadora de la matriz de pensamiento iluminista. Suele hablarse (y es un punto problemático) de cierto dualismo entre el Hess socialista universalista y el nacionalista. Asimismo se podrían reconocer y analizar ciertos elementos organicistas en sus planteos de Roma y Jerusalén.

7 Ver Hobsbawm, Eric. Naciones y nacionalismo desde 1780. Buenos Aires: Crítica 2012, cap. 4, acerca del triunfo de la definición etnolingüística de la nación en Europa. Sobre la centralidad del territorio en la noción de nación ver: Parekh, Bhikhu. «El etnocentrismo del discurso nacionalista». En: Fernández Bravo, Álvaro (comp.). La invención de la nación. Buenos Aires, Manantial, 2000, pp. 91-122.

8 Cfr. Hess, Moisés. Roma y Jerusalén. Buenos Aires: Israel, 1942, Carta Quinta.

9 Hess, Moisés. Roma y Jerusalén. Buenos Aires: Israel, 1942, p. 169.

explotación colaborativa de los bienes de la naturaleza y una disolución de las luchas entre el capital y el trabajo. El pueblo judío encontraría, a su entender, un nuevo lugar, productivo, más digno, en ese mundo, acabando con la explotación sufrida en el pasado. Sobre su pueblo sostiene:

> Bien sé que también en el judaísmo se siente un ferviente anhelo de productivización del trabajo basada en un racional aprovechamiento de los dones de la naturaleza; sé del esfuerzo que se realiza entre nosotros con el fin de educar a la joven generación en un espíritu de trabajo provechoso. Pero también sé que los judíos de la diáspora jamás podrán entregarse a esta tarea –al menos su gran mayoría- por cuanto carecen de la condición esencial, un territorio propio, y porque jamás podrán confundirse con los pueblos en cuyo medio viven dispersos, sin traicionar a su culto nacional. (…) El judaísmo no puede regenerar en el destierro; a lo sumo, mediante la acción de los reformadores y los esfuerzos filantrópicos se puede conducirlo a la apostasía.[10]

Territorio propio y trabajo productivo quedaban unidos en este planteo, pero, a diferencia de los ideólogos vinculados al sionismo político posterior, la confianza en los factores relacionados al proceso de la humanidad o naciones modernas auxiliadoras, aún jugaban en la consecución de estas metas un papel más importante que la creación de organizaciones políticas militantes específicamente judías. La solución no provenía completamente de las propias fuerzas internas del cuerpo de la nación, sino que el remedio provenía de fuera: la heteronomía marcaba aún al proceso de renacimiento judío. Podría decirse que el «antisemitismo moderno» del que Nordau o Borojov hablarían más tarde, no se había expresado con toda su crudeza cuando Hess escribió: la Francia en la que él confiaba no había sido testigo aún del caso Dreyfus o del auge de la prensa nacionalista antisemita[11] de finales del siglo XIX.

La idea de «nación anómala» en el marco de un «antisemitismo moderno»[12] y su remedio

La idea de que en la Europa de finales del siglo XIX existía una nueva forma de antisemitismo, dio un impulso mayor a los postulados sionistas que propugnaban la soberanía del pueblo judío en un territorio propio (para la enorme mayoría este territorio no podía ser otro que Palestina), objetivo para el cual se formaron organizaciones que institucionalizaron el movimiento, llegando a lo que llamamos la etapa del «sionismo político».

Este sionismo político tiene un antecedente destacable en la formación (con sede en Varsovia y

10 Idem., p. 170.
11 Sobre esto cfr. Culla, Joan. Op. cit., p. 47-48.
12 El propio término antisemitismo, según consigna Culla, fue acuñado por el periodista alemán Wilhelm Marr para «designar las formas modernas de judeofobia» (Idem., p. 43).

Odesa) del movimiento Hovevei Zion, ya con una noción de militancia moderna y una voluntad de impulsar la migración a Palestina con ayuda financiera europea. La acción militante de Theodor Herzl llevaría más tarde a la reunión del Primer Congreso Sionista Mundial, en 1897 en Basilea, en el que estuvieron representados principalmente los judíos sionistas militantes de la Europa Central y del Este, la mayoría de ellos ya con experiencia dentro del Hovevei Zion[13]. Este Congreso crearía la Organización Sionista Mundial, el cual iniciaría labores diplomáticas en pos de conseguir el establecimiento en el suelo de Palestina, así como el estímulo a la inmigración y establecimiento de colonias judías allí.

La solución sionista era una entre varias alternativa (algunas con mayor éxito que otras) para los judíos europeos de finales del siglo XIX. Dentro de estas alternativas se cuenta la solución no nacional a través de partidos socialistas; la pervivencia de una comunidad tradicional, separada, ya fuera bajo criterios ortodoxos y bastante cerrada, o bajo la influencia de un liderazgo rabínico renovador que buscara un acercamiento a la sociedad gentil; o bien la asimilación y en algunos casos la lisa y llana conversión de los judíos.

Marx Nordau[14], activo líder sionista, buscó explicar la situación a que sometía este nuevo antisemitismo a los judíos (especialmente trágico en Europa Occidental, donde los judíos habían experimentado orgullosamente la asimilación para verse nuevamente discriminados). Tras largos siglos de gueto, donde los lazos de la comunidad judía se estrecharon al amparo de la ortodoxia y en el contexto de la segregación:

> Luego llegó la emancipación. La ley aseguraba a los judíos que eran ciudadanos de pleno derecho de su país natal. Produjo una cierta sugestión en aquellos que la aprobaron, y en su luna de miel motivó de la parte cristiana declaraciones afectuosas en favor de dicha ley. El judío, en una especie de embriaguez, se apresuró de inmediato a destruir todos los puentes tras de sí. Tenía ahora una nueva patria, ya no necesitaba del gueto; tenía nuevos lazos, ya no necesitaba vínculos con sus hermanos de fe. Su instinto de conservación se adaptó de inmediato y por completo a la nueva situación. Antes, ese instinto estaba enfocado a la segregación más absoluta, ahora buscaba la aproximación y asimilación más extremas.
>
> (…) Pero tras permanecer aletargado de 30 a 60 años, hace aproximadamente dos decenios, de las profundidades del alma del pueblo surgió de nuevo en Europa occidental el antisemitismo, y puso ante los ojos de los horrorizados judíos la verdadera situación que habían sido incapaces de ver.

13 Traducido como Amantes de Sión, organización pionera en el fomento del establecimiento de colonos judíos en Palestina, fundada en 1881 en el Imperio Ruso.

14 (Budapest, 1849 – París, 1923), fue al igual que Herzl un exitoso periodista, de destacada participación junto a éste en varios de los Congresos Sionistas, también co-fundador de la Organización Sionista Mundial. Sus planteos insisten en el fracaso de la asimilación como base de los planteos nacionalistas.

> (…) Ésta es la situación actual de los judíos emancipados en Europa occidental. Han abandonado su idiosincrasia judía y los pueblos les dicen que no han adquirido la idiosincrasia de esos pueblos.[15]

Este antisemitismo se concebía en términos modernos, nacionalistas, étnicos, xenófobos: a la tradicional judeofobia de contenido religioso (contra los «asesinos de Cristo») se superpone una desconfianza u odio xenófobo ante aquél que no forma parte de la nación, que es un extranjero enquistado en el cuerpo de la nación, que por cuestiones de raza y lengua no pertenece completamente a ella. Este tipo de argumentos llevaron a constantes críticas hacia los sionistas sobre su incapacidad de sostener una lealtad a sus países de nacimiento[16].

Nordau se refería a un antisemitismo aletargado que resurgía con nuevos bríos y nueva expresión, aunque no necesariamente establecía una cesura cualitativa entre viejo y nuevo antisemitismo. En este sentido, Pinsker, otro teórico sionista, que liderara el Hovevei Zion, consideraba el antisemitismo (más allá de sus diferentes facetas) como algo congénito:

> La judeofobia es una psicosis. En cuanto psicosis, es hereditaria: y en cuanto enfermedad heredada desde hace dos milenios, incurable.
>
> (…) En términos generales, ningún pueblo siente a priori amor hacia los extranjeros. Se trata de algo etnológicamente fundado, y de lo que nada cabe reprochar a ningún pueblo. Ahora bien, ¿se halla el judío sometido a esa ley universal en idéntica medida a los de las restantes naciones? ¡En absoluto! El desprecio que un extranjero afronta en un país extraño puede devolverlo con la misma moneda una vez en su patria.[17]

Al igual que Herzl en su comparecencia ante el Parlamento, reconoce la tendencia natural a la xenofobia de los pueblos, y por esta misma razón ve al pueblo judío en una situación anómala, solo susceptible de ser objeto de tal xenofobia, al no tener un territorio propio.

Pero esto que acusan autores como Pinsker o Nordau no es sino lo que Jabotinsky[18] considera el «antisemitismo de los hombres». Hay otro antisemitismo más profundo, sin rostro, un «antisemitismo de las cosas», que para Jabotinsky se expresa en la segregación impersonal del judío de las economías nacionales europeas[19]. Esta distinción se podría relacionar (salvando las

---

15 Nordau, Max. Judaísmo y humanismo. Buenos Aires: Gleizer, 1943, pp. 28-30.

16 Cfr. Herzl, Teodoro. El problema judío. Un testimonio histórico. Buenos Aires: Congreso Judío Latinoamericano, 1972 (edición de un discurso de Herzl ante el la Royal Comission on Alien Inmigration, 1902).

17 Pinsker, Leo. "Auto-emancipación. Exhortación de un judío ruso a los de su estirpe". Araucaria, vol. 14, núm. 27, 2012, pp. 166-187, p. 5.

18 (Odesa, 1880 – Nueva York, 1940) carismático líder sionista, periodista y escritor. Activista durante su vida en Rusia, formó luego la Legión Judía (de voluntarios) para luchar junto a las fuerzas de la Entente durante la Primera Guerra Mundial. Representante del ala derecha del sionismo, en 1923 formó la rama juvenil del que llamó «sionismo revisionista» (distanciado de la tendencia mayoritaria de la Organización Sionista Mundial), en 1925 la Organización Sionista Revisionista, y en 1931 su brazo armado, de importante papel en la resistencia al Mandato británico, el Irgún.

19 Cfr. Jabotinsky, Vladimiro. La nación judía y la guerra. Buenos Aires: Biblioteca Oriente, 1941, pp. 51-56.

distancias ideológicas entre los dos pensadores) con lo que Borojov[20] concibe como la base de la situación anómala, antinatural de la nación judía. Este autor sostiene que los profundos cambios económicos de la Revolución Industrial afectaron de forma particular al pueblo judío. Para referirse a esto utiliza la metáfora del cuerpo enfermo, que presupone ya en sí misma la idea de los judíos como nación expresada en términos modernos[21]:

> Ocurre a veces que un paciente sufre desde mucho tiempo atrás los más diversos dolores, y sin embargo los galenos no lograron determinar dónde está la causa de sus males. No cabe duda de que estamos frente a un enfermo; pero la enfermedad progresa y el organismo elabora de sí mismo los gérmenes vivos que combaten la dolencia. De este modo año tras año cambia el aspecto de la enfermedad. Los síntomas se transforman y los médicos no logran fijar el diagnóstico: no es un enfermo pasivo y resignado que se deja dominar y exterminar por la enfermedad. Por el contrario, el pueblo judío desarrolla de sí mismo las fuerzas internas que pujan por extirpar la dolencia y restablecer el equilibrio orgánico. Con ello se explica por qué el aspecto de la enfermedad cambia constantemente y por qué los 'médicos' sociales de nuestro pueblo hicieron tan dispares diagnósticos en épocas distintas.[22]

Es necesario establecer primeramente, de forma clara, cuál es la dolencia de la que el autor habla: no es otra cosa que el antisemitismo, que está en la base de la situación anómala, desnaturalizada de la nación judía. Este antisemitismo tiene su origen en una discriminación expresa y consciente (podría decirse que contiene elementos voluntarios y conscientes junto a otros irracionales e inconscientes que llevan a autores como Pinsker a hablar de una psicosis) o «antisemitismo de los hombres» si tomamos las categorías de Jabotinsky, pero que proyecta, dados los cambios socioeconómicos, un nivel de antisemitismo que trasciende la voluntad, un «antisemitismo de las cosas». Borojov se remonta a categorías aristotélicas y marxistas para explicar esto: tomando la división entre «ocupaciones de la naturaleza» y «ocupaciones del hombre»[23], afirma que los judíos fueron enajenados de cualquier ocupación del primer tipo y empujados a las del segundo. Aún a pesar de los avances industriales, el trabajo en la tierra sigue siendo un elemento importante de todos los pueblos a excepción del judío, que además, está especialmente dedicado a trabajos de tipo «espiritual» y no «físico». A esto se suma la nueva situación que plantea el avance del industrialismo: tomando las categorías marxistas de capital constante y capital variable, sostiene que el trabajo judío sólo participa del proceso de

---

20 (Poltavia, Ucrania, 1881 – Rusia, 1917) fue profesor de hebrero y activista del movimiento Hovevei Zion y del partido socialdemócrata ruso. Durante el estallido de la Revolución Rusa organizó las brigadas judías del Ejército Rojo. La originalidad de su pensamiento radica en su esfuerzo de síntesis entre el nacionalismo judío y el marxismo, en el marco de una visión lineal evolucionista de los procesos históricos, en el que dicho nacionalismo es entendido como necesidad histórica.

21 Cfr. Calhoun, Craig. Nacionalismo. Buenos Aires: Libros del zorzal, 2007, pp. 76-85.

22 Borojov, Dov Ver. Bases del sionismo socialista. Montevideo: Mordejai Anilevich, 1973, pp. 55-56.

23 Esto es, ocupaciones cuyo sustento proviene de la naturaleza o de otros hombres (como el caso de los médicos o juristas).

acumulación y distribución del capital variable, no del constante. Dado que, siguiendo las ideas de Marx, el capital variable es progresivamente desplazado por el constante en tanto se profundiza el proceso industrializador, concluye que *«el trabajo judío está siendo expulsado más y más por el trabajo no judío»*[24]. De esta manera se podría explicar cómo el «antisemitismo de los hombres» condiciona el «antisemitismo de las cosas»[25].

Se trata de una misma enfermedad, muy antigua, de la que el antisemitismo moderno es una nueva mutación (tal como refiere Borojov en la extensa cita de más arriba). Pero este autor afirma que en el pueblo judío viven las «fuerzas internas» que buscan superar la enfermedad, que no se rinden ante ella. Estas fuerzas, representadas por sectores comprometidos con la supervivencia de los judíos como pueblo, han dado diagnósticos y respuestas diferentes a lo largo de la historia, todas ellas sin éxito, pero que demuestran algo de forma inobjetable: la continuidad del pueblo judío como un organismo vivo a lo largo de la historia, de la identidad nacional aún en el exilio, evidenciada por la propia voluntad de existencia. Borojov sostiene:

> Hasta ahora hemos visto que la economía judía sufre de una dolencia: su distanciamiento de la naturaleza. Esta es una enfermedad histórica, invisible, silenciosa y por lo mismo crónica. Con una enfermedad crónica, un organismo puede sobrevivir mucho tiempo; el organismo del pueblo judío, de un modo o de otro, vive habituado a la anomalía crónica, la que lo agobia desde hace ya dos mil años. Pero el análisis marxista de la enfermedad nos lleva a un resultado peor todavía. Nos enseña que en el moderno orden capitalista la enfermedad judía se hace más complicada, enmarañada y grave por culpa de la expulsión. La milenaria dolencia ya no es apacible y crónica, sino aguda y febril.[26]

Este diagnóstico coincide en parte con el de otros autores como Nordau o el mismo Herzl: ya sea la orfandad identitaria que estos autores ven tras el fracaso de la asimilación (dando un énfasis a los factores psicológicos), o las críticas consecuencias materiales del «antisemitismo de las cosas», descritas por Borojov, lo cierto es que estos nuevos diagnósticos deben llevar a remedios más radicales, dejando de lado las antiguas estrategias del *galut*[27]. Esa enfermedad que fuera largamente padecida sin que esto amenazara de muerte al cuerpo enfermo, ha mutado y ahora pone sí en juego su vida: el remedio, concuerdan los sionistas políticos contemporáneos y posteriores a Herzl, debe radicar en la obtención de un suelo patrio y de la redención del pueblo judío en él, en la vuelta al trabajo primario sobre la tierra que revierta su situación anómala. Para unos esta redención en la tierra será la condición necesaria (se podría decir un medio) para una

---

24 Borojov, Dov Ver. Op. cit., p. 64.

25 Jabotinsky afirma: «El Antisemitismo de las Cosas, claro está, se debe en última instancia a cierta actitud subjetiva de los seres humanos.» (Jabotinsky, Vladimiro. Op. cit., p. 54).

26 Borojov, Dov Ver. Op. cit., pp. 65-66.

27 El término funciona como sinónimo del término *diáspora*. Borojov sostiene que ya no debe oírse a quienes «*buscan adormecer al pueblo con entonaciones galúticas y con esperanzas del Galut*» (Borojov, Dov Ver. Op. cit., p. 63).

transformación ante todo psicológica que deje atrás la personalidad de gueto. Para otros, como Borojov, tiene un valor en sí misma como garantía de la supervivencia misma del pueblo judío en la sociedad industrial. En cualquier caso, un movimiento político organizado en pos de la conquista de la soberanía en un suelo nacional es la piedra de toque de toda transformación, aun cuando pueda ser concebido de forma diversa.

El ya citado Borojov afirma la necesidad de revertir la «extraterritorialidad» judía en aras de sanar a ese cuerpo enfermo, y busca una coherencia entre este reclamo nacionalista y su ideología marxista, que antepone la lucha de clases a la lucha nacional. Concibe al nacionalismo como un dato de la realidad en la sociedad burguesa, reconoce que la conciencia nacional puede oscurecer la conciencia de clase, pero afirma que el proletariado tiene interés nacional por estar determinado por las condiciones de producción (para esta clase el territorio, base de la nación, es lugar de trabajo). Afirma que condiciones normales de producción atemperan el nacionalismo, mientras las anormales lo excitan y fortalecen.

Pero más importante es su afirmación de que la normalización de la situación nacional del pueblo judío es condición necesaria para que éste entre completamente en la dinámica histórica de la lucha de clases. Afirma que mientras que en las naciones territoriales es la propiedad nacional material la que les da cohesión, en una nación territorialmente despojada como la judía opera una anomalía histórica, dado que naciones territoriales la han desalojado y asfixiado económicamente. La lucha de clases natural en todas las naciones, se ve allí atrofiada, y sólo normalizando la base económica donde ella se pueda desarrollar, podrá asegurarse la victoria del proletariado judío. En tanto esto último es una necesidad histórica, los momentos intermedios (en este caso la autonomía nacional-política) también lo son. Estas ideas se resumen en su obra de esta manera:

> Nuestro objetivo último, nuestro programa máximo, es el socialismo, la socialización de los instrumentos de producción, la anulación de la propiedad privada y su reemplazo por relaciones de producción comunistas.
>
> (…) La necesidad del territorialismo es creada para nosotros por la anormalidad de la base estratégica del proletariado judío.
>
> (…) La autonomía nacional-política (…) coloca a[l proletariado] sobre el escenario político, enfrentándolo directamente con la burguesía de su propio pueblo.[28]

En el movimiento sionista, que concibe Borojov como un «movimiento terapéutico» de la nación judía, el proletariado (representado en una «vanguardia» de pioneros[29]) debe tener un rol central,

28 Borojov, Dov Ver. Nuestra plataforma. Bases del sionismo proletario. Buenos Aires: Editorial Pueblo Judío, 1951., pp. 159-164.
29 Cfr. Borojov, Dov Ber. Bases… Op. cit., p. 140.

debe ser el motor de las conquistas del pueblo judío. Estas ideas serían retomadas, en pleno fragor de la lucha de la Organización Sionista Mundial por el reconocimiento de la soberanía judía sobre Palestina, por quien lideraría al ala laborista del sionismo, David Ben Gurión[30]. En 1925 escribía:

> El obrero judío no vino aquí en calidad de refugiado, en búsqueda de un asilo cualquiera (…). Ha venido al país como enviado del pueblo, y en calidad de pionero de la gran empresa de la revolución judía. (…) El obrero judío ha entrelazado en la obra de su vida la causa de la redención nacional. En su lucha y creación de clase ha implicado todo el contenido de las ansias del pueblo y sus necesidades históricas.
>
> Contrariamente a los representantes de otras clases en el país y en el sionismo, el obrero no fue colocado ante una contradicción entre sus necesidades y aspiraciones de clase y las de la nación. Consciente del objetivo de su clase y fiel a su misión histórica, desempeña a la vez dos misiones, que son, una, la de clase y otra, la del pueblo todo.
>
> (…) Ciertamente también los representantes de las demás clases se presentan bajo la bandera de los intereses nacionales, y en la medida en que desempeñan un papel positivo en la reconstrucción del país, cumplen a su vez una función nacional. Mas el fin objetivo de todas las demás clases es tal, que sus intereses deben chocar, tarde o temprano, directa o indirectamente, contra los intereses del pueblo y de la aliá.[31]

Para Ben Gurión la clase obrera representa al sionismo pleno, integral, por contraste con otras clases (sobre todo la burguesía especuladora), donde existen muchos de los que llama «sionistas de aplauso»: «*sólo la fuerza de la clase obrera judía organizada dentro del sionismo es capaz de asegurar la realización del programa nacional*»[32], y ese programa de redención en el territorio que consideran propio, supone su fructificación a través de la colonización agrícola, la cual a su vez será la base de un crecimiento industrial sustentado en los mismos criterios cooperativos que aquélla. Esto sólo puede ser llevado adelante por la clase trabajadora, cuya directa necesidad de supervivencia y dignificación coincide con la necesidad de normalización de la nación, con la necesidad terapéutica del ese cuerpo enfermo que es el pueblo judío. Para Ben Gurión, la Histradut (la Federación General de Trabajadores israelí) encarna el papel de «médicos sociales» que Borojov consideraba necesarios para revertir la fase terminal de esa enfermedad crónica vivida por el pueblo judío: su diagnóstico es el preciso y la colonización el remedio que se desprende de esto.

---

30 (Polonia, 1886 – Israel, 1973) carismático líder sionista representante del ala laborista, primer secretario de la Histradut, inicialmente afín a seguir modelos de organización colectiva del trabajo de inspiración soviética. Llegado a Palestina durante la segunda *aliá* (en 1906), jugaría un papel central en la lucha por la creación del estado de Israel, del cual se convertiría en primer ministro en 1949.

31 Ben Gurión, David. Amanecer de un Estado. Buenos Aires: Candelabro, 1954, pp. 104-108.

32 Idem., p. 58.

COLONIZACIÓN Y REDENCIÓN DE LOS JUDÍOS EN LA TIERRA COMO BASE DEL PROGRESO DE LA PALESTINA JUDÍA

Como ya fue explicado, forma parte esencial de la plataforma del sionismo socialista la idea de la normalización de la situación de la nación judía en la tierra de Eretz Israel, a través del trabajo en directo contacto con el suelo.

Posiblemente el teórico sionista que desarrolló más profundamente la idea de la vuelta del judío al trabajo en la tierra fue Aaron David Gordon[33], cercano al sionismo obrero pero ideológicamente no socialista. Desarrolla la idea del efecto psicológico perturbador del *galut*, de la vida en el gueto (que ya había expresado también Nordau en sus discursos en los primeros Congresos Sionistas), y afirma:

> (…) un pueblo parásito no es un pueblo viviente. Pero nuestro pueblo puede ser devuelto a la vida solamente si cada uno de nosotros vuelve a crearse a través del trabajo y de la vida cercana a la naturaleza. (…) si en Palestina continuamos los cánones de vida de la Diáspora, con el pequeño mercadeo y lo que trae aparejado, las generaciones que nos hereden proseguirán por el mismo camino aún más vigorosamente.[34]

Mientras en otro pasaje expresaba:

> La vida judía de la Diáspora carece de este elemento cósmico de identidad nacional; está sostenida solamente por el elemento histórico… Nosotros, que fuimos desarraigados, debemos aprender primero a conocer el suelo y a prepararlo para nuestro trasplante.[35]

Más allá de Gordon, en los escritos de buena parte de los teóricos sionistas pueden encontrarse nutridas referencias al trabajo como revitalizador de la nación, a la necesidad de la vuelta a las actividades primarias. Pero es claro que el ala socialista o laborista dentro del sionismo fue la que llevó a la práctica estos ideales con mayor intensidad. No obstante, el uso en este trabajo del término «redención» en lugar de otros (como simplemente «normalización») no sólo obedece a la búsqueda de fidelidad con el lenguaje de las fuentes (pues otros términos análogos se manejan en ellas) sino a la voluntad de abarcar una serie de nociones afines que abarcan los postulados de más de una las corrientes dentro del sionismo.

La idea de «redención» incluye, entonces, por una parte la normalización de una situación económica anómala, que es aquello en que los sionistas socialistas hacen especial énfasis, desde su enfoque economicista. Estas ideas ya desarrolladas, formarían parte de los argumentos que,

---

33 (Rusia, 1856 – Palestina del Mandato, 1922) fue uno de los pioneros de la colonización judía, llegado a Palestina en 1904 durante la segunda *aliá*, ya con 47 años de edad, abandonando un cargo de administrador de una gran propiedad rural que le reportaba comodidades. Inspirado en las ideas de León Tolstoi, fue uno de los referentes del partido sionista obrero Hapoel Hatzair, distanciándose sin embargo del marxismo de otros teóricos como Borojov.

34 Gordon citado en: Avineri, Shlomo. Op. cit., p. 175.

35 Idem., p. 179

en defensa de la creación de un Estado judío en Palestina, y en la 33ª Sesión del UNSCOP (sigla en inglés por las que se conoce al Comité Especial de Naciones Unidas Para Palestina), el representante de la Histradut que comparecía ante los delegados de las naciones que conformaban esta comisión, el Dr. Rubashov[36], utilizó (como ya había hecho otro connotado sionista, Chaim Weizmann) la idea de redención, como una *«aspiración común en su trabajo aquí [en Palestina]. Ellos [los trabajadores judíos] aspiran a vivir una vida de dignidad, de trabajo, de libertad y de independencia»*[37]: soberanía, y dignidad basada en el trabajo son entonces los componentes del concepto de redención desde esta óptica.

En las intervenciones de Chaim Weizmann[38] ante el mismo comité, y si bien da también importancia al elemento material dentro de la idea de redención se incluye también un contenido místico. Este contenido místico explica, para este líder, la aparente irracionalidad o poca practicidad de los esfuerzos judíos en una tierra poco productiva: Weizmann concibe a los judíos fuera del territorio que le es suyo por derecho[39] como «disembodied ghosts» (espectros sin cuerpo) y sostiene que esto no es responsabilidad de su pueblo, sino que:

> (…) es responsabilidad de Moisés, que actuó por inspiración divina. Él podría habernos dirigido a los Estados Unidos, y en vez del Jordán habríamos tenido el Mississippi. Habría sido una tarea más sencilla. Pero él eligió detenerse aquí.[40]

Se introduce aquí otro componente de la idea de redención: el cumplimiento del mandato divino, que ya se podía ver en los precursores de la idea sionista, como los rabinos Alkalai y Kalischer, y que se reitera aun en ideólogos de un sionismo laico como Weizmann. El vínculo místico del judío y su tierra explica, para Weizmann, el éxito que la colonización tuvo en Palestina en contraposición a experiencias similares en lugares como Argentina. Afirma:

> Palestina (…) libera energías, actividades en el Pueblo Judío que no son liberadas en ningún otro lugar. Ta pronto como judío entra en contacto con su país, comienza a sentir que ha regresado. (…) No voy a decir que lo siente inmediatamente. Pero este es un sentimiento que crece, que crece en todos nosotros, y las rocas, los pantanos y las arenas

36 (Mir, Imperio Ruso, 1889 – Jerusalén, 1974) se desempeñó en su juventud como periodista, traduciendo y divulgando escritos de sionistas rusos como Borojov. En 1924 emigraría a Palestina, para luego convertirse en miembro del secretariado de la Histradut. De rol activo en el proceso de creación del Estado de Israel, se convertiría en 1963 en su tercer presidente.
37 33ª Sesión del UNSCOP (en: http://documents.un.org/), p. 11 [traducción del inglés del autor].
38 (Motol, 1874 – Jerusalén, 1952) nacido en una familia judía acomodada del extremo occidental del Imperio Ruso, estudió química en Friburgo, Suiza, se doctoró en Ginebra para luego emigrar a Gran Bretaña y trabajar en la Universidad de Manchester a partir de 1904. Sus trabajos de investigación química fueron importantes para la industria bélica británica durante la Primer Guerra Mundial, por lo que se hizo muy reconocido. Fue pieza importante en las negociaciones que llevarían a la Declaración Balfour y el líder sionista más influyente hasta ser desplazado por el liderazgo de Hillel Silver en el XXII Congreso Sionista Mundial. No obstante, se convertiría en el primer presidente del Estado de Israel.
39 Los argumentos sobre el derecho judío al territorio, por encima del derecho de los árabes al mismo, son complejos y no es el objetivo de este trabajo analizarlos, pero se puede recurrir para conocerlos a los discursos ante el UNSCOP de Ben Gurión (21ª Sesión), o del rabino ortodoxo Lewin (26ª Sesión).
40 21ª Sesión del UNSCOP, p. 8 [traducido del inglés por el autor].

> de Palestina se convierten en una posesión preciosa en la que ponemos nuestro sudor, sangre, esfuerzo e ingenio en pos de hacerla lo que es.[41]

Para determinados sectores rabínicos, representados (entre otros) por el rabino askenazí Kook[42], los imperativos morales de la Torah, la legislación tradicional, habían nutrido la identidad judía en la diáspora y le habían dado su fuerza al nacionalismo judío. Para Kook el papel de la tierra de Eretz Israel es central en la Torah: no es simplemente un elemento material, externo, donde el pueblo judío puede unirse y ser soberano, sino que es más que eso, tiene un significado intrínseco espiritual. Sólo en ella la facultad imaginativa de un individuo judío puede ser pura, fuera de ella será turbia por estar en tierras corruptas. Esto supone una crítica a los judíos que han abandonado el deseo de ir a su Tierra Santa, y suma un imperativo moral y religioso a la idea de redención del pueblo de Israel: para Kook, cuanto menos se tolera por un judío la atmósfera de un país extraño, más imbuido está un judío de la santidad de su tierra, pero no hay gozo perfecto fuera de Israel para él, pues sólo allí desarrollará enteramente sus cualidades, tanto intelectuales como espirituales.

En esta misma línea argumentaría el rabino Herzog ante el UNSCOP, quien consideraba que una vez más, tras la destrucción del templo de Jerusalén, el pueblo judío estaba ante la alternativa de la emigración o la extinción, pero esta vez esa emigración suponía el regreso a su tierra. Herzog clamaba que el pueblo judío y la tierra de Israel son una misma cosa, y planteaba la soberanía judía sobre Palestina en términos de moralidad y justicia universal. Herzog sostiene:

> Por lejos la mayor parte de los preceptos de la Torah dependen para su realización del activo establecimiento en la Tierra de Israel. En la Tierra de Israel, y en ningún otro lugar puede Israel cumplir la gran misión que el Todopoderoso le ha confiado.
>
> (…) En esta Tierra está establecido que los judíos alcancen su elevación espiritual y su plenitud. Aquí los hombres de Israel han alcanzado la extrema iluminación de los logros humanos: la Profecía. Aquí los Profetas han visto sus visiones. El aire de nuestra Tierra es el que han respirado esos grandes líderes del Pueblo de Israel, esos grandes entre los hombres sagrados.
>
> Esa conexión entre el pueblo judío y Palestina se ha mantenido inquebrantada incluso luego de la expulsión de nuestro pueblo de su suelo por los romanos.[43]

La redención en la tierra prometida pasa también, desde este punto de vista, por el perfeccionamiento espiritual y moral al que todo judío puede aspirar, y que sólo puede alcanzar

41 Idem., p. 9. [traducido del inglés por el autor]

42 (Griva, actual Letonia, 1865 - 1935) fue uno de los más importantes rabinos partidarios de la creación de un «hogar judío» en Palestina, llegando a ser el primer Gran Rabino askenazí durante el Mandato Británico. El valor de su pensamiento radica en el vínculo que entabla entre la formación ortodoxa judía y una lucha política que había sido netamente secular y resistida por el «establishment» rabínico, abriendo paso a una corriente sionista religiosa.

43 26ª Sesión del UNSCOP, p. 35 [traducido del inglés por autor].

en Eretz Israel. La aspiración a volver a ese grado de perfección que ningún otro pueblo ha alcanzado (y en esto también retoma la idea de excepcionalidad de la nación judía que postulaba Kook, para quien ésta era la única que tiende al bien universal) y que fue el gran aporte judío a la civilización (expresado en su sagrada profecía), es parte central de dicha redención. Desde este punto de vista, la Torah ha sido la patria de los judíos en el exilio, le ha permitido sostener su existencia como nación con el horizonte siempre presente del regreso a su tierra, pero su observancia no es completa si este regreso no se materializa. La participación (algo tardía si consideramos que el sionismo político es un movimiento nacionalista que surge con características de movimiento político laico) de ciertos sectores rabínicos en el sionismo, su acercamiento incluso con la ortodoxia, integra esta idea de la redención con la más materialista antes analizada, y se justifica en la necesidad de una acción militante que precipite ese perfeccionamiento de la nación judía. Se podría trazar ciertos paralelismos entre esta necesidad experimentada por rabinos como Kook y Herzog, y la idea de Alkalai de preparar con actos el advenimiento del Mesías para ser «redimidos en dignidad», o la idea de vivir un «Sabbath histórico» postulada por Hess.

El rabino sefaradí Eliachar (quien compareciera en la 21ª Sesión del UNSCOP[44]) agregaría al espiritual antes analizado otro elemento: la nación judía consolidaría su proceso de integración (consciente de la diversidad de orígenes, lenguas y costumbres de los migrantes de las sucesivas *aliá*) sólo a través de su convivencia y trabajo conjunto en Palestina.

Resta establecer ahora cuál es el vehículo, el instrumento privilegiado para esta redención del pueblo judío. La respuesta sólo la pueden dar dos procesos: *aliá* (migración masiva y organizada a Palestina, algo en que concordaban y aunaban fuerzas las diferentes corrientes y líderes del sionismo, desde el laborista Ben Gurión, hasta el revisionista Jabotinsky) y trabajo colectivo de la tierra (que, si bien fue incentivado desde los primeros tiempos de la Organización Sionista Mundial creada a partir de la idea de Herzl, tuvo en el ala laborista del sionismo a sus más fervientes impulsores y defensores)[45].

Para Eliezer Kaplan[46], quien compareciera en la 17ª Sesión del UNSCOP, la reconstrucción de Israel debía pasar por una labor impulsada por la Agencia Judía para Palestina, y llevada adelante por los judíos con sus propias manos y sin basarse en la explotación de otros.

---

44 Cfr. 21ª Sesión del UNSCOP, pp.21-22.

45 Recordemos las palabras de Ben Gurión al definir al sionismo: «*sionismo significa aliá y trabajo en Eretz Israel (...): sionismo significa colonización obrera*» (Op. cit., p. 101).

46 (Minsk, 1891 – Tel Aviv, 1952) líder sionista vinculado desde su juventud al sionismo socialista ruso, emigró hacia Palestina en 1920, convirtiéndose en miembro del ejecutivo de la Histradut y del Comité Central del Hapoel Hatzair y luego del Mapai. Más tarde sería tesorero de la Agencia Judía y primer Ministro de Economía del Estado de Israel.

Moshe Shertok[47] destacaba en la 8ª Sesión del UNSCOP cómo la inmigración (a pesar de las limitaciones a su entender ilegítimas –si se toma el compromiso asumido en el Mandato- impuestas por las autoridades británicas) se había constituido en factor de progreso, y relataba cómo la Agencia Judía llevaba adelante un programa de entrenamiento agrícola, en el que logró la formación en tales trabajos de miles de jóvenes inmigrantes. Asimismo destacaba la capacidad de autogobierno y la libertad de los colonos en los establecimientos agrícolas.

La inmigración masiva de judíos a Palestina (el primer instrumento en la labor redentora), propugnada por la Agencia Judía (la cual había sido reconocida como representante de la nación judía por los artículos del Mandato concedido a Gran Bretaña sobre el territorio tras la Primera Guerra Mundial) y limitada por las autoridades mandatarias, estaba sujeta, al menos en el discurso por parte de los británicos, a la capacidad de absorción de población del territorio. Para tirar por tierra el carácter limitativo de esta pretendida ecuación que vinculaba capacidad de absorción e inmigración, y abrir las puertas al proceso de *aliá* que consideraban un derecho inalienable del pueblo judío, que además había sido ratificado por la Declaración Balfour[48] y el Mandato, el discurso sionista recurrió al segundo instrumento de la labor redentora: el trabajo judío en su tierra caracterizado por su productividad excepcional. Sostenía al respecto Ben Gurión:

> No es el estado pasivo y estático del país, sino la fuerza activa y dinámica del pueblo, la fuerza creadora y jalutziana del que construye la agricultura y la industria, lo que determina la verdadera capacidad de absorción de Eretz Israel. La llave de aliá no está en el país sino en el pueblo.[49]

La capacidad de absorber migrantes no puede ser calculada, según este autor, por una ecuación que evalúe de forma abstracta dunams[50] y productividad calculada en los términos presentes de atraso productivo que los judíos diagnosticaban, sino que sólo estaría dada por la acción preparatoria de sucesivas *aliá* que fructificarían el terreno: la posibilidad objetiva de migrar sería creada por el proceso mismo de migración y establecimiento en la tierra, para la que los judíos prometían revolucionarias obras de fructificación.

En este proceso, la Histradut, controlada por laboristas liderados por Ben Gurión, jugaría un rol

---

47 (Kherson, Imperio Ruso, 1894 – Jersualén, 1965) hijo de una de las familias fundadoras de Tel Aviv, emigrado en 1906 a Palestina, sirvió como intérprete en la Armada Otomana durante la Primera Guerra Mundial. Como líder sionista formó parte del Mapai y se unió en 1931 a la Agencia Judía. Se convertiría en el primer Ministro de Relaciones Exteriores del Estado de Israel. Se lo conoce también (en tanto cambió su nombre) como Moshe Sharett.

48 La Declaración Balfour, del 2 de noviembre de 1947, firmada por el jefe del Foreign Office Arthur James Balfour, fue el primer pronunciamiento formal del gobierno británico en apoyo del reclamo sionista de un Estado judío en Palestina. Los términos de esta Declaración, base de futuros reclamos sionistas de derecho al suelo palestino, serían recogidos por el texto del Mandato británico.

49 Ben Gurión, David. Op. cit., p. 62.

50 Unidad de medición de la tierra utilizada en Palestina desde tiempos del Imperio Turco, equivalente a 1000 metros cuadrados.

central. Tal fructificación se expresa en:

> El rescate del suelo de los terratenientes, para la amplia colonización de las masas, el mejoramiento de terrenos abandonados, desiertos y extenuados para una economía agrícola moderna, la realización de obras de mejoras, drenajes y desecación de pantanos; la construcción de terrazas en las montañas y montes, sin lo cual es imposible aprovechar la tierra montañosa, la forestación de arenales y terrenos rocosos, que no sirven para siembra ni para frutales, la construcción de caminos en todas partes del país (…).[51]

Hacer florecer desiertos, convertir pantanos en tierras de provecho, son algunas de las hazañas que ocupaban los relatos de los representantes judíos ante el UNSCOP en 1947, institución a la que invitó la Agencia Judía en un viaje de visita a kibutz donde los pioneros, sostenían, habían creado riqueza de la nada en unos pocos años. La clase obrera judía como factor modernizador de la economía era, en definitiva, la llave de la *aliá* para los laboristas.

Pero la acción modernizadora del sionismo no prometía sólo crear las condiciones para su propia inmigración, sino que prometía a su vez derramar los frutos de su cuerno de la abundancia sobre las poblaciones árabes asentadas en el territorio, y a los países árabes vecinos. Reconociendo al suyo como un pueblo occidental, moderno, los representantes sionistas insistían en la disparidad de su grado civilizatorio con respecto a los árabes, a quienes creían aventajar por mucho. En gran medida respondiendo a las acusaciones que sobre ellos recaían, de desplazar deliberadamente a la población árabe local y condenarla al desarraigo y la miseria, sostenían (y para ello, por ejemplo, citaban multitud de informes en sus comparecencias ante el UNSCOP[52]) que la inmigración judía generaba por el contrario una riqueza que beneficiaba directa (generando trabajo o beneficiándolos con el acceso a recursos vitales como el agua) o indirectamente (generando mercados modernos y activos de consumo) a los árabes. Se llegaba a afirmar (citando fragmentos de informes británicos, que compartían con los sionistas la óptica occidental –teñida de superioridad civilizatoria– frente al problema) que una Palestina atrasada y feudal había estado fuera de la historia y sin aportar nada al mundo desde la partida de los judíos al exilio y hasta su regreso, un oscuro interregno de atraso en su devenir histórico:

> «'En los doce siglos o más que han pasado desde la conquista árabe reza el Informe de la Comisión Real de 1937, Palestina ha salido virtualmente de la historia… En economía y en política Palestina yace fuera de la corriente principal de la vida del mundo. En el orden del pensamiento, de la ciencia o de las letras no ha dado ninguna contribución a la civilización moderna.'
>
> La misma identidad de Palestina como unidad social humana es un producto de la historia

51 Idem., p. 53.

52 Como ejemplo puede citarse el discurso de David Horowitz, economista que estaría al frente del futuro Banco de Israel (16ª Sesión del UNSCOP), los discursos de Weizmann en la 17ª y 21ª Sesión del UNSCOP, y de Rubashov en la 33ª Sesión.

> judía. El país perdió su carácter distintivo por efecto de la dispersión judía y solamente reanudó un papel específico en la historia cuando el Mandato de Palestina fue ratificado. El Mandato reconoció esta historia al establecer Palestina como ente distinto y separado en relación al mundo árabe.»

Este es quizá el verdadero sentido de la tan citada fórmula, atribuida al sionismo, de «un pueblo sin tierra para una tierra sin pueblo». Culla refiere que esta idea debe interpretarse no de forma literal (pues nadie desconocía el hecho de que Palestina no estaba despoblada) sino que la vacancia de la tierra era de tipo identitario y espiritual: el único pueblo capaz de darle una identidad, de devolverle el alma a ese territorio era el pueblo judío, dado su vínculo espiritual con él. Los judíos se redimirían en la tierra de Israel, y ésta con su regreso.

Como ya se ha dicho anteriormente, la institucionalización del proceso de asentamiento judío, ante el fracaso (ya diagnosticado por Herzl) de la migración fragmentaria financiada por los filántropos de finales del siglo XIX, formaba parte esencial del programa del sionismo político. El germen de la colonización como proceso minuciosamente planificado se encontraba en el proyecto de «estado modélico» de Herzl, en su libro *El Estado judío*[53], que constituía su plan personal para redimir a su pueblo al que veía como un pueblo burgués producto del gueto (al igual que Nordau). Herzl era muy claro acerca del destino de los colonos: «*Pretendemos radicarlos, unirlos a la tierra. Han de vivir en la tierra y de la tierra, sin necesidad de andar preocupados por los precios del mercado.*»

En buena medida bajo estos criterios se dio lo que Culla llama el «*episodio fundador de la mitología sionista*»[54], la primera *aliá* de 1882-1903, que fue sin embargo bastante pobre desde el punto de vista cuantitativo, así como bastante limitado el número de los colonos que se establecieron fuera de las ciudades, realmente abocados a labores agrícolas (tal como lo proponía la redención mediante el trabajo en la tierra).

Sería la segunda *aliá* (1904-1914) la que llevaría adelante obras que guardaban una más profunda sintonía con los postulados de la redención en la tierra. Dentro de ellas destaca el establecimiento de la Palestine Land Development Company en el VIII Congreso Sionista de 1907, y la creación del primer kibutz en 1909. Podría decirse que los kibutz representan de manera fiel la idea de redención mediante el trabajo en la tierra sin la explotación de otros, tal cual lo proponían sionistas como Kaplan o Ben Gurión. Este último afirmaba en 1934:

> El fiel instrumento de nuestra conquista es el kibutz, basado sobre la ayuda mutua y al

53 Herzl, Theodor. El Estado Judío. Argentina: Organización Sionista Argentina, s/d.
54 Culla, Joan. Op. cit., p. 73.

> responsabilidad recíproca de trabajo. Todas las importantes y difíciles conquistas del obrero judío en el país fueron realizadas por el kibutz.[55]

El kibutz es una comunidad dedicada principalmente al trabajo agrícola, organizada en base al trabajo comunal y la propiedad colectiva de los medios de producción. La vida comunal implicaba que los miembros del kibutz aportaran su salario al fondo común del mismo y recibieran lo necesario para sus gastos personales, reduciendo al mínimo entre los miembros la utilización del dinero. La decisión democrática de los asuntos referentes a su gobierno y la rotación de los puestos de trabajo, así como el cuidado y educación colectiva de los niños, forman parte importante del funcionamiento del kibutz.

Bibliografía básica

Avineri, Shlomo. La idea sionista. Notas sobre el pensamiento nacional judío. Jerusalén: La Semana Publicaciones, 1983.

Calhoun, Craig. Nacionalismo. Buenos Aires: Libros del zorzal, 2007.

Culla, Joan. Breve historia del sionismo. Madrid: Alianza, 2009.

Fernández Bravo, Álvaro (comp.). La invención de la nación. Buenos Aires, Manantial, 2000.

Gellner, Ernest. Naciones y nacionalismo. Madrid: Alianza, 1988.

Hobsbawm, Eric. Naciones y nacionalismo desde 1780. Buenos Aires: Crítica 2012.

Johnson, Paul. La historia de los judíos. Buenos Aires: Javier Vergara, 1991.

Krämer, Gudrun. Historia de Palestina. Desde la conquista otomana hasta la fundación del Estado de Israel. España: Siglo XXI, 2009.

Pappe, Ilan. Historia de la Palestina moderna: un territorio, dos pueblos. Madrid: Akal, 2007.

Pappe, Ilan. The ethnic cleansing of Palestine. Oxford: Oneworld, 2007.

Fuentes éditas

Ben Gurión, David. Amanecer de un Estado. Buenos Aires: Candelabro, 1954.

Borojov, Dov Ber. Bases del sionismo socialista. Montevideo: Mordejai Anilevich, 1973.

Borojov, Dov Ver. Nuestra plataforma. Bases del sionismo proletario. Buenos Aires: Editorial Pueblo Judío, 1951.

Herzl, Teodoro. El problema judío. Un testimonio histórico. Buenos Aires: Congreso Judío Latinoamericano, 1972.

Herzl, Theodor. El Estado Judío. Argentina: Organización Sionista Argentina, s/d.

Hess, Moisés. Roma y Jerusalén. Buenos Aires: Israel, 1942.

Jabotinsky, Vladimiro. La nación judía y la guerra. Buenos Aires: Biblioteca Oriente, 1941.

Laqueur, Walter. The Israel-Arab reader: a documentary history of the Middle East conflict. New York: Bantam Books, 1969.

Nordau, Max. Judaísmo y humanismo. Buenos Aires: Gleizer, 1943.

Pinsker, Leo. "Auto-emancipación. Exhortación de un judío ruso a los de su estirpe". Araucaria, vol. 14, núm. 27, 2012, pp. 166-187, p. 5.

55 Ben Gurión, David. Op. cit., p. 84.

Weizmann, Chaim. A la verdad por el error: Palestina. Buenos Aires: Santiago Rueda, 1949.

Fuentes inéditas

En los siguientes archivos:

Archivo Histórico-Diplomático del Ministerio de Relaciones Exteriores de la República Oriental del Uruguay, Montevideo.

Archivo Oficial de las Naciones Unidas (http://documents.un.org/).